



CLASE 4: “¿Te animas a leer un cuento de terror?”

Objetivo aprendizaje:

(OA 3) Analizar las narraciones leídas para enriquecer su comprensión, considerando, cuando sea pertinente: el o los conflictos de la historia; el papel que juega cada personaje en el conflicto y cómo sus acciones afectan a otros personajes; el efecto de ciertas acciones en el desarrollo de la historia; cuándo habla el narrador y cuándo hablan los personajes; la disposición temporal de los hechos; elementos en común con otros textos leídos en el año.

Concepto Clave:

Concordancia verbal

Misterio

Tipos de narrador

Espacio literario

INICIO

Habilidades: Reflexionar sobre el contenido y el texto (Recordar, Analizar, Evaluar)

1. Comenta las siguientes preguntas con tus compañeros y compañeras:

a) ¿Qué tipo de narrador es el que más te gusta leer y por qué?

b) ¿Qué ambiente literario cerrado se utiliza típicamente para los relatos y películas de terror?

c) ¿Por qué crees que los objetos comunes que tengan algún aspecto sobrenatural se ocupan para causar miedo en los relatos y películas de terror?

DESARROLLO

Habilidades: Extraer información explícita e implícita; Reflexión sobre el texto; Incremento de vocabulario; Reconocimiento de funciones gramaticales y usos ortográficos (Recordar, Comprender, Analizar, Evaluar, Aplicar)

1. Lee el siguiente texto.

La mano

Guy de Maupassant

ESTABAN EN CÍRCULO en torno al señor Bermutier, juez de instrucción, que daba su opinión sobre el misterioso suceso de Saint-Cloud. Desde hacía un mes, aquel inexplicable crimen conmovía a París. Nadie entendía nada del asunto. El señor Bermutier, de pie, de espaldas a la chimenea, hablaba, reunía las pruebas, discutía las distintas opiniones, pero no llegaba a ninguna conclusión.

Varias mujeres se habían levantado para acercarse y permanecían de pie, con los ojos clavados en la boca afeitada del magistrado, de donde salían las graves palabras. (...)

Los sucesos de los que me ocupaba eran sobre todo los de vendettas. Los hay soberbios, dramáticos al extremo, feroces, heroicos. En ellos encontramos los temas de venganza más bellos con que se pueda soñar, los odios seculares, apaciguados un momento, nunca apagados, las astucias abominables, los asesinatos convertidos en matanzas y casi en acciones gloriosas. Desde hacía dos años no oía hablar más que del precio de la sangre, del terrible prejuicio corso que obliga a vengar cualquier **injuria** en la propia carne de la persona que la ha hecho, de sus descendientes y de sus allegados. Había visto degollar a ancianos, a niños, a primos; tenía la cabeza llena de aquellas historias.

Ahora bien, me enteré un día de que un inglés acababa de alquilar para varios años un pequeño chalet en el fondo del golfo. Había traído con él a un criado francés, a quien había contratado al pasar por Marsella. Pronto todo el mundo se interesó por aquel singular personaje, que vivía solo en su casa y que no salía sino para cazar y pescar. No hablaba con nadie, no iba nunca a la ciudad, y cada mañana se entrenaba durante una o dos horas en disparar con la pistola y la carabina.

Se crearon leyendas entorno a él. Se pretendió que era un alto personaje que huía de su patria por motivos políticos; luego se afirmó que se escondía tras haber cometido un espantoso crimen. Incluso se citaban circunstancias particularmente horribles.

Quise, en mi calidad de juez de instrucción, tener algunas informaciones sobre aquel hombre; pero me fue imposible enterarme de nada. Se hacía llamar sir John Rowell. (...)

Esperé durante mucho tiempo una oportunidad. Se presentó finalmente en forma de una perdiz a la que disparé y maté delante de las narices del inglés. Mi perro me la trajo; pero, cogiendo en seguida la caza, fui a **excusarme** por mi inconveniencia y a rogar a sir John Rowell que aceptara el pájaro muerto.

Era un hombre grande con el pelo rojo, la barba roja, muy alto, muy ancho, una especie de Hércules plácido y cortés. No tenía nada de la rigidez llamada británica, y me dio las gracias vivamente por mi delicadeza en un francés con un acento de más allá de la Mancha. Al cabo de un mes habíamos charlado unas cinco o seis veces. Finalmente, una noche, cuando pasaba por su puerta, le vi en el jardín, fumando su pipa, a horcajadas sobre una silla. Le saludé y me invitó a entrar para tomar una cerveza. No fue necesario que me lo repitiera.

Me recibió con toda la **meticulosa** cortesía inglesa; habló con elogios de Francia, de Córcega, y declaró que le gustaba mucho este país, y esta costa.

Entonces, con grandes precauciones y como si fuera resultado de un interés muy vivo, le hice unas preguntas sobre su vida y sus proyectos. Contestó sin apuros y me contó que había viajado mucho por África, las Indias y América. Añadió riéndose:

—Tuve mochas aventuras, ¡oh! yes.

Luego, volví a hablar de caza y me dio los detalles más curiosos sobre la caza del hipopótamo, del tigre, del elefante e incluso la del gorila.

Dije:

—Todos esos animales son temibles.

Sonrió:

—¡Oh, no! El más malo es el hombre.

Se echó a reír abiertamente, con una risa franca de inglés gordo y contento:

—He cazado mocho al hombre también.

Después habló de armas y me invitó a entrar en su casa para enseñarme escopetas con diferentes sistemas. Su salón estaba tapizado de negro, de seda negra bordada con oro. Grandes flores amarillas corrían sobre la tela oscura, brillaban como el fuego. Dijo:

—Eso ser un tela japonesa.

Pero, en el centro del panel más amplio, una cosa extraña atrajo mi mirada. Sobre un cuadrado de terciopelo rojo se destacaba un objeto rojo. Me acerqué: era una mano, una mano de hombre. No una mano de esqueleto, blanca y limpia, sino una mano negra reseca, con uñas amarillas, los músculos al descubierto y rastros de sangre vieja, sangre semejante a roña, sobre los huesos cortados de un golpe, como de un hachazo, hacia la mitad del antebrazo. Alrededor de la muñeca una enorme cadena de hierro, remachada, soldada a aquel miembro desaseado, la sujetaba a la pared con una argolla bastante fuerte como para llevar atado a un elefante.

Pregunté:

—¿Qué es esto?

El inglés contestó tranquilamente:

—Era mejor enemigo de mí. Era de América. Ello había sido cortado con el sable y arrancado la piel con un piedra cortante, y secado al sol durante ocho días. ¡Ah, muy buena para mí, ésta!

Toqué aquel despojo humano que debía de haber pertenecido a un coloso. Los dedos, desmesuradamente largos, estaban atados por enormes tendones que sujetaban tiras de piel a trozos. Era horroroso ver esa mano, despellejada de esa manera; recordaba **inevitablemente** alguna venganza de salvaje. Dije:

—Ese hombre debía de ser muy fuerte.

El inglés dijo con dulzura:

—Ah yes; pero fui más fuerte que él. Yo había puesto esa cadena para sujetarle. Creí que bromeaba. Dije:

—Ahora esta cadena es completamente inútil, la mano no se va a escapar. Sir John Rowell prosiguió con tono grave:

—Ella siempre quería irse. Ese cadena era necesaria.

Con una ojeada rápida, escudriñé su rostro, preguntándome: “¿Estará loco o será un bromista pesado?” Pero el rostro permanecía impenetrable, tranquilo y **benévolo**. Cambié de tema de conversación y admiré las escopetas. Noté sin embargo que había tres revólveres cargados encima de unos muebles, como si aquel hombre viviera con el temor constante de un ataque.

Volví varias veces a su casa. Después dejé de visitarle. La gente se había acostumbrado a su presencia; ya no interesaba a nadie.

Transcurrió un año entero; una mañana, hacia finales de noviembre, mi criado me despertó anunciándome que Sir John Rowell había sido asesinado durante la noche.

Media hora más tarde entraba en casa del inglés con el comisario jefe y el capitán de la gendarmería. El criado, enloquecido y desesperado, lloraba delante de la puerta. Primero sospeché de ese hombre, pero era inocente. Nunca pudimos encontrar al culpable.

Cuando entré en el salón de Sir John, al primer vistazo distinguí el cadáver extendido boca arriba, en el centro del cuarto. El chaleco estaba **desgarrado**, colgaba una manga arrancada, todo indicaba que había tenido lugar una lucha terrible.

¡El inglés había muerto estrangulado! Su rostro negro e hinchado, pavoroso, parecía expresar un espanto abominable; llevaba algo entre sus dientes apretados; y su cuello, perforado con cinco agujeros que parecían haber sido hechos con puntas de hierro, estaba cubierto de sangre.

Un médico se unió a nosotros. Examinó durante mucho tiempo las huellas de dedos en la carne y dijo estas extrañas palabras:

—Parece que le ha estrangulado un esqueleto.

Un escalofrío me recorrió la espalda y eché una mirada hacia la pared, en el lugar donde otrora había visto la horrible mano despellejada. Ya no estaba allí. La cadena, quebrada, colgaba.

Entonces me incliné hacia el muerto y encontré en su boca crispada uno de los dedos de la desaparecida mano, cortada o más bien serrada por los dientes justo en la segunda falange.

Luego se procedió a las comprobaciones. No se descubrió nada. Ninguna puerta había sido forzada, ni ninguna ventana, ni ningún mueble. Los dos perros de guardia no se habían despertado. (...)

Fuente: http://www.literatura.us/idiomas/gdm_mano.html

2. Responde las siguientes preguntas.

a) ¿Cuál es el tema principal del cuento “La mano”?

b) ¿Cuál es el conflicto presente en la narración?

c) ¿Qué características tiene el personaje sir John Rewell?

d) ¿Quién narra el relato? ¿Cómo lo sabes?

e) ¿En qué tipo de ambiente ocurren los hechos? ¿Crees que el misterio se seguiría manteniendo si los hechos ocurrieran en un ambiente opuesto? Fundamenta.

3. Incremento de vocabulario: en cada caso, selecciona el término que mejor reemplace a la palabra destacada, según su contexto.

a) Injuria

golpe – arrebató - ofensa

b) Excusarme

disculparme – eximirme - evadirse

c) Meticulosa

medrosa – miedosa - cuidadosa

d) Inevitablemente

necesariamente – apremiantemente - angustiosamente

e) Benévolo

indulgente – complaciente - hermoso

f) Desgarrado

suelto – destrozado - amarrado

4. Completa el siguiente cuadro con la información solicitada.

¿Qué voz habla en cada párrafo? ¿La del narrador y/o la de un personaje?

Fragmento	Voz que habla
Una de ellas, más pálida que las demás, dijo durante un silencio: -Es horrible. Esto roza lo sobrenatural. Nunca se sabrá nada.	
«Me recibió con toda la meticulosa cortesía inglesa; habló con elogios de Francia, de Córcega, y declaró que le gustaba mucho este país, y esta costa. «Entonces, con grandes precauciones y como si fuera resultado de un interés muy vivo, le hice unas preguntas sobre su vida y sus proyectos. Contestó sin apuros y me contó que había viajado mucho por África, las Indias y América. Añadió riéndose: “Tuve muchas aventuras, ¡oh! Yes”.	
Y el juez de instrucción, sin dejar de sonreír, concluyó: -Ya les había dicho que mi explicación no les gustaría.	

5. Lee con atención el siguiente fragmento. Identifica los errores que comete el personaje al hablar. ¿De qué forma es posible repararlos?

—Eso ser un tela japonesa.
—Era mejor enemigo de mí. Era de América. Ello había sido cortado con el sable y arrancado la piel con un piedra cortante, y secado al sol durante ocho días. ¡Ah, muy buena para mí, ésta!

CIERRE

Habilidades: Reflexionar sobre el texto (Analizar, Evaluar)

1. Responde y comenta con tu curso:

a) A partir de todos los relatos leídos, ¿cómo puedes distinguir las características que tienen los cuentos de terror?

b) ¿Qué te pareció la historia?, ¿imaginabas ese final?, ¿por qué?

c) ¿Qué sensaciones te entrega el ambiente cerrado del relato? ¿A qué te recuerda?

d) Cuando un relato de terror es narrado por un protagonista, ¿te causa más miedo que si fuera un narrador omnisciente? Fundamenta tu respuesta.
